

Malena Rey

Leer con coordenadas

A veces me pregunto si es posible hacer una lectura como por vez primera, sin reparar en las marcas de la edición que encuadra y da a leer el texto. Me pregunto si por un momento podemos ir hacia ese texto sin toparnos con las señas del paratexto, con los carteles luminosos de la tapa, con las titilantes solapas, y sólo leer como si no supiéramos que detrás de ese escrito hay un autor, un editor, un imprentero, una operación de mercado, una serie de librerías donde ese libro se ofrece, un aparato de prensa preocupado por situarlo. Este modelo de lectura podría emparentarse con la instancia en que un editor recibe un manuscrito firmado por un nombre que no conoce. Es cierto, puede rastrear de quién se trata en Google y encontrar una muestra más o menos verosímil de la vida del que escribe; pero puede, también, abrir el archivo o el manuscrito encuadernado y dejar hablar al texto. Después sacar conclusiones de esa experiencia de lectura, situar al escrito, filiarlo, decidirse por su publicación o confinarlo a un cajón que ya no se abrirá. Enviarle un mail al autor rechazando cordialmente su trabajo o citarlo para comunicarle la intención de publicar su libro.

Si pudiéramos leer así, en primera instancia, crudamente, podríamos tratar de adivinar a qué época pertenece el texto que tenemos entre manos, desde qué país nos habla, dialogar con las marcas de otro presente, de una escritura que *se transformó en libro*. Traté de hacer este ejercicio al momento de leer *En la juventud está el placer*, de Denton Welch, publicado en 2011 por la editorial independiente española Alpha Decay, pero fue imposible. Denton Welch es un autor demasiado contextualizado a partir de su biografía: el primer dato con el que me topo—y el primero que se encuentra sobre él buscando— es que a los veinte años, en 1935, sufrió un accidente mientras paseaba en bicicleta —un auto lo chocó—, y a partir de ese momento quedó prácticamente parálítico. Este hecho es el que lo “empujó” a la escritura: el accidente impredecible, la posterior inmovilidad. Murió trece años después, y todo lo que produjo está fijado por ese accidente. De hecho, todo lo que escribió se sitúa antes, en el tiempo de la infancia y de la adolescencia, cosa que leyéndolo retrospectivamente parece cruel evocar. A la vez, esa vida anterior es la materia misma de su experiencia: a lo que puede volver desde la inmovilidad. Si yo no hubiera conocido este dato biográfico, seguramente la lectura habría sido otra: no me habría detenido morbosamente en los fragmentos de la novela en los que Orvil Pym, el joven protagonista, pide prestada una bicicleta para recorrer en solitario los alrededores del hotel donde pasa el verano en familia, ni me hubieran impactado los pasajes en los que se expresa la libertad por el movimiento, la exploración de un terreno que se desconoce para hacerlo propio de una vez y para siempre, atravesándolo.

En *Las tres fechas*, un breve libro de ensayos de César Aira publicado por Beatriz Viterbo, se propone una variante, una coordenada de lectura posible de Welch: considerar tres fechas —la de escritura, la de publicación, y la de los sucesos que se narran en el libro en cuestión— y armar un triángulo con ellas, porque cada una evocará un aspecto diferente de la vida del autor. A estas fechas podríamos agregar, en el caso de textos en otra lengua volcados al español, la de su traducción. *En la juventud está el placer* (In Youth is Pleasure) fue escrita por Denton Welch en 1943, publicada en 1945, y está situada en 1930. Su última traducción es de 2011, realizada en España. Los hechos narrados en la novela son autobiográficos, y entre el momento en el que se sitúa el relato y el momento en que se lo escribe sucede el accidente. Es ese accidente el que convierte a Welch en escritor: todo lo que se escribe es una reconstrucción de su vida anterior, y lo más espeluznante es la pericia con la que describe, la precisión con la que reconstruye hasta los detalles más nimios de lo que veía hace tantos años. Es como si no inventara nada. Como si su experiencia anulara el tiempo. Y la novela tiene otro atractivo atemporal: es el relato de la formación de una sensibilidad delicada, frágil, que funciona con la misma potencia aunque nos encontremos en esta década o en otra futura o pasada (la narración de una sensibilidad en formación funciona si nos llega a conmovir, y es el caso).

Pero situémonos ahora en 2011, año de su reciente publicación: ¿qué lectura del presente hace esta novela que tiene más de sesenta años? La novela de Welch se traduce a un muy afectado español de España como el primer eslabón de una serie llamada “Biblioteca Denton Welch”, en la colección “Héroes modernos” de la editorial independiente Alpha Decay. En la contratapa, William S. Burroughs y Richard Hell elogian sobradamente el texto que tenemos entre manos, se habla de la devoción de W.H. Auden por el autor, se menciona a Welch en términos de “el Proust británico”, y, atención, se sugiere que *En la juventud está el placer* debe encontrar nuevos lectores para ocupar el lugar que se merece en “el canon de los descarrados”. ¿Qué es un héroe moderno? ¿Necesitamos héroes modernos? ¿O Welch necesita nuevos lectores? ¿Es relevante para un lector filiar al autor así? ¿Quiénes integran el canon de los descarrados? O, en todo caso, ¿no es preferible que los

Denton Welch

[En la juventud está el placer](#)

Traducción de Albert Fuentes

Alpha Decay

descarriados permanezcan allí, en los márgenes o por fuera de ellos, sin que un canon paralelo los acoja?

Hagan la prueba: lean a Denton Welch hoy y traten de identificar qué tiene de fresco, qué de renovador para este presente. Es un ejercicio gratificante, implica una lectura ajustada, acompañada. Por mi parte, me quedo con la impresión de que cada lector lee el libro que quiere, aunque la tirada sea de dos mil ejemplares idénticos, aunque todos sobrevolemos la misma contratapa. Lo que nos interpela de una novela de formación como *En la juventud está el placer* es en todo caso buscar en qué se reconoce esa juventud que ya no nos es contemporánea, y lo que resuena es la pregunta respecto de lo que viene después... Para Denton Welch es la inmovilidad, la parálisis, el sufrimiento físico, la muerte, la escritura. ¿Para nosotros? Si en la juventud está el placer, ¿qué se espera del resto de la vida?